

# APUNTES PARA UNA (AUTO)ETNOGRAFÍA DEL CAMINAR

FRESIA MARÍA SALINAS\*

*Caminar es conocer.*

Manuel Rojas.

## Introducción

¿Es el ser itinerantes –recordemos la famosa imagen (evolutiva) del mono que se va transformando en hombre– una distinción que nos define? Sí, pero evidentemente no en forma exclusiva ni excluyente. Otros animales terrestres no humanos también se han servido, desde antiguo, de sus extremidades para movilizarse, para desplazarse de un lugar a otro, ya sea con propósitos de caza, buscando comida y agua, ya sea con propósito de huida para escapar de los depredadores. Desde hace millones de años (las dataciones están en permanente cambio), hemos caminado por el mundo en que vivimos a través de las extensas distancias que individuos y grupos en calidad de aventureros han ido trazando, quizás más plausiblemente como buscadores de territorios más aptos para la sobrevivencia propia, primero, y de los animales que nos han ido alimentando y acompañando, después. Y a través de las distancias menores y breves que separan pequeñas comunidades, amigas o enemigas, emparentadas o extrañas; de las distancias entre la casa y el huerto, entre la casa y la fuente de agua. Hasta hoy, en distintas partes del mundo, seguimos caminando por

esos objetivos. Incluso aquí, en las ciudades traspasadas por carreteras y calles asfaltadas por donde circulan los vehículos auto-móviles, para cuyo desplazamiento se redactan leyes nacionales e internacionales. Entre tanto, seguimos caminando<sup>1</sup>.

Siendo este ejercicio del caminar tan permanente en nuestra historia<sup>2</sup>, lo hemos ido repletando de significaciones. Desplazamiento como traslado de un punto a otro del territorio personal y colectivo, claro, pero también práctica deportiva: la caminata o marcha atlética como deporte olímpico; con fines de (buena) salud –la geriatra prescribe caminatas, entre otras cosas, para conservar el equilibrio que a veces se va dificultando con la edad–; de recreación –un paseo por el parque o la plaza con los niños–, y así sucesivamente. Más todavía, el caminar ha sido y aún es parte integrante de peregrinaciones religiosas, que en las actuales sociedades secularizadas suelen convertirse en un caminar turístico vacacional.

Desde la antropología, estas significaciones de la millonaria práctica revisten variado interés, aparentemente creciente en los últimos años. En lo que sigue, intento exponer algunas de esas significaciones, instalándolas en al menos dos categorías: la primera, a partir de una mirada antropológica desde dentro de la disciplina hacia fuera; la segunda, con una mirada

\* Antropóloga, Fundación SOLES. Correo-e: fresiamariasalinas@gmail.com

hacia dentro, en lo que podría concebirse como una autoetnografía del caminar.

Antes de entrar en materia, amerita recordar algunos de los usos del caminar, más allá de la antropología. El primero ya señalado, el del humano considerado en su dimensión de itinerante, se encuentra, asimismo, en la antropología reciente. Sobre esto volveré más adelante.

Un segundo a destacar se encuentra en el ámbito de la filosofía. Resumo a grandes saltos. Los sofistas griegos del siglo V a.C. eran “maestros ambulantes” (Guthrie, 1958, p. 67). Los peripatéticos, seguidores de la escuela de Aristóteles, eran denominados así porque su práctica reflexiva la realizaban caminando, paseando por un jardín y/o en un pórtico.

Siglos después, Rousseau escribía en sus *Confesiones*:

[...] me parece que fue en este año de 1753 cuando apareció el programa de la Academia de Dijon acerca del origen de la desigualdad entre los hombres [...] Para meditar despacio tan grande asunto, hice un viaje de seis o siete días a Saint-Germain [...] internado en el bosque, inquiría y buscaba la imagen de los tiempos primitivos [...] Este paseo y ocupación fueron saludables a mi cuerpo y a mi espíritu.

De vuelta a París, sigue relatando Rousseau, “Durante muchos meses, después de comer iba a pasearme solo por el Bosque de Bolonia, meditando asuntos para obras, y no volvía hasta la noche” (s.f. [1753], pp. 238-239). Es decir, el ejercicio de caminar meditando (o meditar caminando) habría fomentado o ayudaba al pensamiento de estos amigos de la sabiduría que —tengámoslo presente— en el caso griego era destinado a fines no meramente especulativos sino bastante prácticos.

Más recientemente, Zaratustra, “El Caminante” de Nietzsche, camina-y-piensa en lo que es/será y en lo que sabe, ascendiendo por “el camino más duro”, siguiendo su “camino de engrandecimiento”. Unas páginas más adelante, en “Caminando”, siempre caminando, en un reposado viaje de regreso a su cueva en la montaña, llega hasta la gran ciudad abominable y la esquiva (1998, pp. 161-162, 183-185).

Hoy podríamos decir que el caminar, especialmente al aire libre (y libre de polución tóxica) aumenta el necesario oxígeno en el cerebro y, en consecuencia, incrementa algunas de las inteligencias académicas<sup>3</sup>.

Un tercer uso —adelantado en el fragmento rousseauiano— es el de forma de ejercicio físico apto para personas de todas las edades. Según señalé recién, se trata de un ejercitarse cotidiano recomendado en especial por geriatras para personas adultas mayores, por sus múltiples beneficios. Oxigenarse, equilibrarse, mover las articulaciones, diariamente o al menos varias veces por semana, sin o con ayuda de bastón o burrito, no solo se constituye en una manera sencilla (y gratis) de mantener y aumentar la salud del cuerpo, sino también de evitar o disminuir el estrés. En estos tiempos de cuarentena y no cuarentena.

Y, en fin, voy al grano.

### **Una etnografía del caminar, o del caminante**

En la arbitraria clasificación definida para estos apuntes, en mi primera mirada observo lo que la antropología, la etnografía o, más precisamente, lo que antropólogas/os, etnógrafas/os hemos observado con un énfasis principal,

pero no excluyentemente, en nuestras observaciones acerca de caminar y caminantes ajenos.

Como mencioné, últimamente la antropología ha desplegado un creciente interés en el caminar<sup>4</sup>, entendido de diversos modos, fundamentado con diferentes conceptualizaciones. Una de ellas es la que se ha denominado antropología del cuerpo, o de las corporalidades. Aquí cabe el caminar humano como una forma de sentir-se(nos) en nuestra dimensión de carne y hueso (*flesh and bones*), indiscutible, pero que se ha trabajado sobre todo en las décadas recién pasadas. Desde esta perspectiva, muy mencionado es David Le Breton con su *Elogio del caminar* (2015). A Le Breton le interesa “hablar acerca de ese caminar consentido que se hace con placer en el corazón [...] El goce tranquilo de pensar y de caminar” (p. 20). Para él, el caminar sumerge al hombre “en una forma activa de meditación que requiere una sensorialidad plena” (p. 15).

Otra, al parecer más reciente, dice relación con el concepto de movilidad(es), que destaca la característica humana (y no solo humana) de ir de un lugar a otro. Para Salazar, Elliot y Norum (2017), “movilidad, como un concepto-metáfora, captura la impresión común de que nuestro mundo de vida está en flujo/es un *fluir*”. Ello haciendo referencia, asimismo, al “*mobility turn*” y al “*new mobilities paradigm*” en las ciencias sociales de este siglo XXI (pp. 1-2) y a los consecuentes desafíos metodológicos que esto acarrea.

Cuerpo y movimiento se aúnan en la antropología urbana. Antropología de las calles, donde el caminante se transforma en transeúnte o peatón, que se desplaza entre los espacios olvidados o no conocidos excepto por él mismo, un

vecino, por senderos o recorridos propios. Estudios que marcan las distinciones entre personas de distintas procedencias socioeconómicas –lejos del *Elogio* de Le Breton–, muchas de las cuales caminan no por gusto ni bienestar, sino por la necesidad debida a la precariedad de la existencia en la ciudad. Kilómetros caminando, en micro, y caminando otra vez. O el lento caminar de ancianas y ancianos, de madres con niños pequeños –unos pasos, nos detenemos, otros pasos...–, que se desplazan de la casa al almacén de la esquina, ida y vuelta.

Entre las diversas maneras en que la disciplina ha observado el caminar, últimamente me ha motivado una peri-religiosa<sup>5</sup>. Por esas casualidades de la vida (sinergia, como ha sido moda últimamente), me ha tocado leer sobre y conocer a algunos peregrinos contemporáneos, que han hecho el milenarismo Camino de Santiago. Caminando. Kilómetros y kilómetros, cientos de ellos, caminando. En medio de la neblina, bajo la lluvia, el sol, por senderos empedrados y por carreteras. Con bastón de caminante, pesada mochila a la espalda, alojando y comiendo en posadas del famoso Camino, hoy.

El Camino y los peregrinos han recibido abundante atención bibliográfica<sup>6</sup>. Entre otras muchas publicaciones, menciono las de Manuel Mandianes, *Peregrino a Santiago. Viaje al fin del mundo* (1993) y *El camino del peregrino* (2010); de José Enrique Ruíz-Doménec, “El camino de Santiago y el sentido de la peregrinación” (1996), y de Sean Slavin, “Walking as a spiritual practice: The pilgrimage to Santiago de Compostela” (2003). El español Marcelino Agís Villaverde, en sus *Aspectos filosóficos y antropológicos del Camino de Santiago* (que lleva el decidor subtítulo de *Fenomenología de la peregrinación a Compostela*), entre otros aspectos

de interés, se refiere al “pensar con los pies” (2008, p. 305), lo que de alguna manera estaría acercándolo a los peripatéticos y a Rousseau, pero en especial a antropólogas(os) en la línea de las epistemologías ecológicas de este siglo.

Slavin, quien hace el Camino como observador-participante, se va acercando a la segunda mirada que propongo aquí. A propósito de lo que ha visto y conversado con sus congéneres caminantes y de su propia experiencia, declara: “siempre sospeché que caminar y pensar eran compañeros especialmente afines”, y que “la razón central de caminar [es] comprometerse en una práctica meditativa” (2003, pp. 3 y 4)<sup>7</sup>.

Muy sumariamente, la etnografía, como perspectiva, se caracteriza por el interés en develar los sentidos que las personas asignan a sus experiencias. En este punto, presento algunas de las reflexiones escritas por un caminante chileno en este famoso Camino<sup>8</sup>. ¿Qué significó para él?

Guillermo emprendió su viaje a los 56 años, solo, como unas postergadas vacaciones. Por otra parte, le atrajo la idea de visitar el pueblo de sus ancestros paternos (“se mantenía como un enigma atractivo a develar”<sup>9</sup>). Y además, anota, “empecé a recibir noticias acerca del Camino de Santiago”. Hasta que “El 2 de mayo de 2009 partí a España con una mochila cargada con muchos temores y esperanzas”. Avanzados unos cien kilómetros del Camino, cuenta:

[...] sentía mayor seguridad en mi capacidad de orientación y conocimiento de las señales guías del Camino. Por otra parte mi adaptación al peso de la mochila ya era satisfactoria por lo que mi paso era confiado y disfrutaba de la belleza del entorno. Ante las variaciones del camino, a veces fácil otras con empinadas subidas, por aquí pedregoso y más allá barroso, pero siempre de una gran belleza, no pude menos que hacer la analogía de esta marcha con mi vida.

Como se puede apreciar, a medida que viaja a pie y va adquiriendo destreza se va asemejando a los antiguos amigos de la sabiduría cuyos caminares eran parte fundamental del pensar, y en especial a Rousseau en la admiración y el goce de la belleza de la naturaleza, el paisaje o el escenario propicio para el surgimiento de la belleza filosófica.

Al llegar al pueblo de sus antepasados asturianos, tras una opípara comida (“¡Qué buen almuerzo tuve! A ratos me reía de pura felicidad”), Guillermo sale en busca del lugar cuyo apellido lleva. Narra en su Diario:

Es verdad que domina el pueblo y se aprecia un case-rón impresionante. Subí una empinada calle y llegué al lugar donde se ubica. No tenía mayores indicaciones y parecía abandonado. Luego de algunas dudas decidí franquear un pequeño cerco y llegar a sus mura-las. Mientras las admiraba en su solidez y cantidad de piedras empleadas se acercó un joven que quería saber quién era yo y qué hacía allí [...]. Me identifiqué como peregrino en el Camino de Santiago e interesado en conocer lo que para mí era un hito destacado debido a mi apellido. Ante su mirada con algo de incertidumbre exhibí mi carné de identidad que le aclaró mi nombre y procedencia. En ese momento me explicó que dicha construcción pertenece a su familia desde ya varias décadas o tal vez siglos. Asimismo me aclaró que lo que para mí parecía una ampliación de dudoso gusto en realidad ya contaba con más de cien años [...]. Me quedó claro que las medidas del tiempo en esas tierras son más complejas que en las mías, y luego de agradecerle nos despedimos con mutuos deseos de éxito.

Así, junto con ir cumpliendo su primer objetivo, el de vacacionar, cumple el segundo, que era el de visitar el lugar del que sus ascendientes paternos salieron. Pero, a la vez, a medida que pasan los kilómetros de Camino, el caminante vacacionista se va identificando con el ser “peregrino” y no solo con un turista cualquiera.

Las meditaciones siguen, cada vez más relevantes en sus escritos. Incluyo algunas expresiones más:

Esta nueva especie, erguida en sus dos pies, pudo recorrer toda la superficie terrestre en busca de sustento. Y comenzaron a caminar, a recorrer cada vez más grandes distancias. A descubrir otros pastos, a olvidar el camino de retorno. Esos pensamientos me llegan mientras a mi vez camino. [...] Dicen que al erguirse y caminar los simios se hicieron humanos [...]. En nuestra época esa historia nos permite al caminar, una vez superados los temores al fracaso o el infarto de miocardio, una sucesión de pasos que facilitan un cálido divagar.

El significado de ese caminar el antiguo Camino de Santiago es hoy múltiple, tanto en la literatura al respecto como en las palabras de este chileno, que se va viendo afectado por el encanto tanto del caminar como de los lugares que recorre. Es la “seducción del Camino”, como dicen. Vemos, como señalé recién, que como consecuencia se va transformando de turista de vacaciones en un autocalificado peregrino, abierto a las divagaciones y meditaciones sobre el devenir de la especie humana<sup>10</sup>.

En estas épocas y parte del mundo secularizadas, el peregrinaje se entiende mayormente como una práctica turística. No obstante, mientras escribo estas líneas me van llegando noticias de otras y otros peregrinos nacionales, devotas y devotos católicos que viajan en esforzados peregrinajes –en busca del *locus sanctus*, en busca del milagro (Ruíz-Doménec, 1996)– a Fátima, a Lourdes y, aquí cerca, al Santuario de Lo Vásquez, caminando.

### Una (auto)etnografía del método

En esta segunda mirada intento exponer –sin pretensión de exhaustividad– algunas de las relaciones entre el caminar humano, desde y hacia dentro de la antropología, mediante la presentación de ilustraciones o ejemplos. Varios de ellos son recuerdos de mi colaboración en distintas investigaciones y hablan de mi experiencia personal en terreno, razón por la cual los reconozco como autoetnográficos<sup>11</sup>. Y dado que, durante décadas, me dediqué al estudio del método –como procedimientos varios cuyo fin es producir (más exactamente, co-producir) información, esto es, conocer acerca del mundo de otras personas y comunidades, de los significados que asignan a ese mundo, a sí mismas y a las demás, sus percepciones y observaciones; en otras palabras, como acción/acciones cuyo fin es conseguir, de la mejor manera antropológica, información acerca de–, esta mirada tiene como fundamento justamente eso. Para terminar, añado unas breves palabras sobre la o las formas de conocer y, entre ellas, acerca de experiencias y percepciones de tiempos.

¿Qué se ha dicho/escrito acerca del caminar dentro de la propia antropología/etnografía? En esta segunda interpretación (porque, ¿es necesario expresarlo?, toda mirada es una interpretación más), comienzo con la tradición antropológica temprana, la de las *Notes & queries* que nuestros maestros mencionaban en cursos introductorios. En hasta este momento inencontrable cita, la publicación del siglo XIX instrúa que el trabajo del investigador debía realizarse en un espacio o territorio caminable en un día. Es decir, así como el tiempo recomendado era de un año, el diámetro abarcado por el antropólogo no debía ir más allá de lo que pudiese

caminar en el lapso del día. En época de una disciplina dedicada al estudio de pueblos “primitivos o “salvajes”, se daba por descontado que el extranjero curioso no encontraría allá caminos dispuestos para otro tipo de transporte que no fuera a pie (o, en algunos casos, en barco, a caballo o en algún tipo de vehículo arrastrado por fuerza animal).

Continúo con el icónico Geertz de “Deep play” (1973), que narra su iluminadora experiencia de observación participante en Bali cuando, en 1958, llegó a una aldea a desarrollar un estudio antropológico. Habiendo sido, él y su esposa, más bien sistemáticamente ignorados, y estando como espectadores de una tradicional pelea de gallos —entonces prohibidas por el gobierno—, a la intempestiva llegada de la policía todos salieron huyendo del lugar, en completo desorden. Escribe Geertz: “Según el principio establecido de ‘Si estás en Roma’, mi mujer y yo decidimos, solo un poco menos instantáneamente que los demás, que lo que había que hacer era correr también”. Corrieron (una forma de caminar muy rápido<sup>12</sup>), siguiendo a otro de los espectadores de la pelea, hasta finalmente instalarse en su patio a tomar té. Con ello, “demostramos nuestra solidaridad con los que ahora eran nuestros coaldeanos” y, en consecuencia, “toda la aldea se nos abrió [...]”. Esto resultó en una aceptación repentina e inusualmente total en una sociedad extremadamente difícil de penetrar para extranjeros”, acceso que, finalmente, permitió comprender la naturaleza interna de la sociedad, el objetivo del investigador (1973, pp. 415-416)<sup>13</sup>. Por supuesto, aclara Geertz, no se trata de una “receta muy generalizable” para alcanzar el ansiado *rapport*; se trata de lo que afortunadamente ocurrió en ese momento y lugar y que le fue útil para lograrlo (1973, p. 416).

Sigo con la práctica antropológica que se hace cada vez más típica de la entrevista personal, personalizada, entre la(el) antropóloga(o) y el(la) colaborador(a) que tratamos de cooptar. Si bien la iconografía de la entrevista la representa a menudo con la imagen de estas dos personas (o más, si son entrevistas colectivas, con varios entrevistadores y entrevistados) sentadas en torno a una mesa, o conversando frente a frente estacionados en un espacio dado, cualquier etnógrafa(o) ha llevado a cabo lo que se ha denominado *walking interviews* (véase Barrantes, 2021; Kinney, 2017; Evans & Jones, 2011; Jones et al., 2009).

Un ejemplo de estas entrevistas caminando/caminadas/caminata es la narración de Milan Stuchlik sobre su trabajo de campo en Coipuco<sup>14</sup>. Mientras caminaba junto a terrenos sembrados acompañando a un miembro de la comunidad, Stuchlik iba preguntando por los propietarios, los tamaños y deslindes de esos terrenos a la vista. Fácil era para el entrevistado ir respondiendo, a medida que seguían caminando, mostrando qué tierras eran de quién, cuánto abarcaban, cuáles eran sus límites y quiénes eran los propietarios de los terrenos colindantes, e informar hasta de las demás tierras trabajadas por las familias, ubicadas en otras comunidades. Mucho más fácil que explicarlo en inmovilidad y solo oralmente.

Otro ejemplo lo extraigo de un estudio en campamentos en diversas ciudades de Chile. Como temuquense que soy, fui encargada de trabajar en tres campamentos de Temuco. Uno de ellos estaba ubicado en la ladera de un cerro y desde hacía años tenía fama de peligroso. Confieso que fui al lugar con alguna aprehensión. Nunca había estado allí, pese a que quedaba cercano al sector residencial en que

se ubicaba la casa familiar. Las calles, ajenas a la estructura de gamero, eran de tierra; las casas, de todo tipo de hechuras y materiales. A medida que fui conociendo, los residentes también eran muy diversos: empleados públicos, obreros de la construcción, transportistas escolares, dueñas de casa, desempleados, recién llegados del campo, gente joven, escolares de todas las edades, etc. Más arriba, ya se había levantado una población totalmente urbanizada habitada, entre otras, por familias que antes vivían en ese campamento vecino. Siempre caminando, al igual que años atrás era costumbre en los caminos rurales, quienes me cruzaban al pasar me saludaban con amables ¡Buenos días! o ¡Buenas tardes!

Una residente fue mi colaboradora clave. Me reunió con sus vecinas y amigas más cercanas y me invitó a acompañarla en sus actividades laborales; compraba lo necesario en comercios del barrio Estación y preparaba comidas y colaciones que vendía en oficinas y tiendas del centro. Parte en micro, pero sobre todo caminando, hicimos sus recorridos habituales, siendo yo entonces presentada como su ayudante. En estas caminatas, entre compras, oficinas, tiendas, ella me relató su vida, desde su niñez hasta el momento en que nos conocimos y el futuro que anhelaba.

No hay novedad en esto, fueron entrevistas parte de la observación participante propia del ejercicio etnográfico. No obstante, ese ejercicio, esa práctica, no solo posibilita el antiguo y esperable *rapport*, posibilita, además, el conocimiento del día a día del cuerpo, de la experiencia más completa del otro en su itinerario acostumbrado. Como señalan Iared y Oliveira (2017):

Pink (2009) argumenta en favor de una etnografía sensorial, que justifica estableciendo que se ha omitido

el aspecto multi-sensorial de la experiencia en la investigación etnográfica. Sugiere que los investigadores deberían hacer uso de la totalidad de su cuerpo sensorial cuando compilan o interpretan data de investigación y conectarse ellos mismos a las mismas actividades cotidianas en las que está la otra gente (p. 100)<sup>15</sup>.

Como cualquier etnógrafa(o) sabe de primera mano, no es solo la conversación en que se nos dice lo que se hace, sino es el calor de días de verano, el peso de las bolsas, una en cada mano (imposibilitando la grabación), el cansancio de caminar rápido de un lado a otro antes de que se pase la hora de almuerzo y la comida quede sin vender. Y, en medio, el relato conmovedor de las experiencias de una vida, que hay que retener en la memoria hasta llegar a casa y anotarlo, ¡una vez que me haya sacado los pies hinchados de los zapatos que ya aprietan!

Por otra parte, como señalé, la antropología/etnografía urbana ha llegado a ser un imperativo en este mundo mayormente ciudadano en que actualmente vivimos. En una investigación sobre el barrio Yungay, realizada como etnógrafa que trabajaba allí<sup>16</sup>, de nuevo me tocó recorrer el espacio etnográfico una y otra vez, caminando. No solo caminar al azar, o siguiendo las calles y lugares especiales característicos del barrio, sino yendo por los senderos trazados por diversas personas que eran o habían sido sus habitantes, ya sea por residir en casas de Yungay, ya sea por estudiar en alguno de sus numerosos establecimientos educacionales. Estos últimos recorridos permitieron una introducción que difícilmente se hubiese logrado de otra forma: el compartir las experiencias caminadas de esas personas constituyó una puerta de entrada a sus vivencias, mantenidas en los recuerdos y actualizadas en el momento y en/por la instancia de caminar.

Un ejemplo más que lleva a las posibilidades de aprendizaje etnográfico del mundo del otro cuando el caminar es un *sine qua non* de la experiencia. Aunque no seguí ni acompañé su recorrido, durante nuestros viajes a terreno en diversas ocasiones nos encontramos con carboneros de lugares cercanos a Cholchol en viaje a Temuco. Solían ser pequeñas caravanas de carretas tiradas por bueyes, repletas del producto. Los carboneros, a menudo con sus hijos en edad de caminar largas distancias, iban a pie guiando los animales con sus garrochas en la mano, por el costado del camino. Este viaje duraba varios días y los carboneros alojaban en terrenos, vecinos al camino, de personas de confianza, donde estacionaban sus animales y carretas. Evidentemente, el *tempo* de esta experiencia no decía relación con el *tempo* de quienes pasaban en auto o micro por el mismo camino. El paso lento de los bueyes, la velocidad de caminata de los niños y la distancia que podían recorrer hasta cansarse marcaban el transcurrir del viaje. ¿Cómo aprender/aprehender esa temporalidad, si hacemos el camino a una velocidad ajena? ¿Cómo aprehender el barrio santiaguino, mapeado con innumerables senderos creados por sus habitantes, si pasamos por sus calles en auto?

Según Ingold y Vergunst (2008), considerando a Bourdieu (1997), “Caminar [...] es en sí mismo una forma de pensar y de sentir, a través de la cual, en la práctica del movimiento pedestre [...] las formas culturales son generadas continuamente”. Y “el movimiento de caminar es en sí mismo una manera de conocer” (pp. 1-2). Para lared y Oliveira (2017), de nuevo, llegar a conocer u obtener el conocimiento “significa participar junto con personas y cosas en sus experiencias prácticas vividas. Aprendemos en base a nuestras experiencias y no de las experiencias

de otros” (p. 103)<sup>17</sup>. No iría tan lejos; habría que agregar: aprehendemos multisensorialmente de nuestras experiencias, planteamiento que cabe en el contexto de las ecometodologías contemporáneas –que incluyen la *walking ethnography* y/o *sensorial ethnography* y las *walking methodologies*– (2017, pp. 102-103).

Por último, en una conversación en 2021 entre Ricardo Fagoaga (entrevistador o moderador), Carole McGranahan y Raúl Pacheco-Vega, en el marco del Congreso (virtual) de la International Union of Anthropological and Ethnological Sciences (IUAES), entre otros temas, se habló de la condición cambiante de la etnografía, de sus varios *turns*, de la autoetnografía que ha avanzado fuertemente<sup>18</sup> y de la observación participante (Fagoaga, 2021). A propósito de todo esto, hacen referencia a caminar por los archivos –los tres tienen también formación en historia– y caminar por el o los mundos virtuales. McGranahan considera que la experiencia propia en estas virtualidades es fundamental para desarrollar investigación al respecto; sin ella, dice, es imposible llevar a cabo un buen trabajo etnográfico o antropológico. Vemos, pues, que el caminar puede ser hoy una metáfora del recorrer los interminables, móviles y fascinantes caminos computacionales, una manera de expresar los recorridos que, cada vez con mayor frecuencia en este siglo, estamos siguiendo en nuestro quehacer disciplinar (investigación y etnografía *cyber*).

Así, el caminar desde dentro se concibe, primero, como una medida del espacio abarcable por el antropólogo en los primeros tiempos de la disciplina. Luego, como un procedimiento o acción (en carne y hueso, o en forma virtual) cuyo fin es conseguir –antropológicamente de la mejor manera– información acerca de. Y

después, esta distinción arbitraria entre miradas externas e internas se hace difusa en cuanto, como observadores que participamos en esos mundos –ajenos o ajenizados, de uno u otro modo somos también parte de ellos<sup>19</sup>–, vamos desde lo que dice y hace el otro hasta lo que decimos y hacemos nosotros como antropólogos etnógrafos.

Hemos llegado, de esta manera, a describir y reflexionar no solo sobre aquello que nos es de partida ajeno, sino también sobre lo que nos es profunda y totalmente propio, personal, íntimo. Nuestra práctica profesional es tema, se problematiza y se expone como experiencia que nos abarca y muestra en nuestras conceptualizaciones teóricas, en nuestras características de género, de edad, de personalidad, de procedencia geográfica y socioeconómica (Guber, 2019). En mi muy modesta opinión, si la antropología-etnografía es o pretende ser una ciencia debe ser así, puesto que somos nuestro equipamiento e instrumento y a la vez somos quienes observamos, analizamos, interpretamos y hasta aplicamos lo que llegamos a conocer, en fin, como experiencias de vida.

### **Un pequeño *rite de passage***

Habiendo centrado mi tesis de licenciatura básicamente en el estudio de archivos de casos judiciales del Juzgado de Indios en Temuco, mi trabajo antropológico profesional (esto es, descontando las prácticas formativas de terreno) iba a llevarse a cabo en zonas rurales, el “verdadero” *fieldwork*. Para ello, era necesario prepararse adecuadamente. Lo primero, contar con el calzado apropiado y digno para la ocasión. Debían ser zapatos durables, resistentes a todo clima, especialmente a las lluvias

sureñas, por supuesto no deslizables y ¡ojalá! confortables. Nada de estética aquí, aunque también era un aspecto inconfesable que me interesaba. Fui a las zapaterías de la ciudad, gentilmente acompañada por dos colegas, compañeros de trabajo y buenos amigos. Todos jóvenes entonces. Tras bastante mirar y probar, me decidí –nos decidimos– por unos bototos de cuero con caña alta y gruesa suela de goma, pesados pero no tanto como para que caminar con ellos implicara esfuerzo excesivo. A instancias de mis expertos compañeros, hubo que darles una manito de ungüento protector. En fin, así bien premunida, a su debido momento salí al campo equipada con mis primeros zapatos –zapatonos– de terreno.

Como se puede apreciar, en ese tiempo ya lejano se daba por entendido que *fieldwork* era equivalente a *walkingwork*. Por caminos que podían ser bastante intransitables, pedregosos, llenos de barro, subiendo y bajando cerros. De ahí la obvia y vital importancia de una buena elección de calzado. ¿Cuál fue el resultado? Los desacostumbrados roces en los pies me produjeron numerosas ampollas, con el consiguiente dolor. Los comentarios fueron más bien del tenor de los zapatos ceden (eventualmente) y/o los pies se acostumbran y encallecen. Así sucedió: zapatos y pies se acostumbraron mutuamente, aprendí a caminar por esos caminos y potreros y fui olvidando su presencia. Con el tiempo, esos zapatonos de cuero de color anaranjado se transformaron en mis favoritos para casi toda ocasión; los usé hasta que ya no dieron más de sí. He borrado de mi memoria el triste momento en que los boté por inservibles.

Años más tarde, trabajando en Santiago, volví a recorrer muchos kilómetros a pie, ahora en las calles y veredas asfaltadas, en busca de y acom-

pañando a colaboradoras y colaboradores ciudadanos. Nuevamente, el calzado fue relevante: la comodidad al caminar es un elemento menos de distracción en la investigación etnográfica caminante. Pero nunca tuve otros como esos zapatos —duraderos, resistentes y con el tiempo hasta confortables— de trabajo de campo en el campo de la que hoy es la Región de la Araucanía.

Camino, porque desde muy niña me ha gustado caminar, por la ciudad y el campo. Caminé, en mi condición de etnógrafa, porque la otra, el otro, los otros, caminaron.

## Notas

<sup>1</sup> Los significados etimológicos de las palabras que usamos son relevantes. “Itinerante”: del latín *iter*, *itineris*: [sentido abstracto] viaje, marcha, camino; [sentido concreto] camino, paso, senda, vía. Del latín tardío *itinerans*, *-antis*: ‘viajero’. “Camino”: del celtolatin *camminus*, tierra hollada por donde se transita habitualmente; vía que se construye para transitar; jornada de un lugar a otro. “Caminar”: de *camino*, ir de viaje; ir andando de un lugar a otro el hombre o el animal. “Caminante”: de *camino*, que camina (Real Academia Española, 2014; Bibliograf, 1992).

<sup>2</sup> Tim Ingold y Jo Vergunst comienzan su introducción a *Ways of walking* con estas palabras: “¿Cuándo empezó nuestro caminar? ¿Cuándo terminará? No podemos recordarlo, y nunca lo sabremos” (2008, p. 1).

<sup>3</sup> En una investigación en el área de antropología del deporte logré comprobar estadísticamente —con gran satisfacción de mi parte!— la correlación positiva entre práctica deportiva de alto rendimiento y habilidades y capacidades académicas en estudiantes de enseñanza media de dos colegios de Santiago. Posteriormente, pude conocer diversas publicaciones que establecían la relación causal entre oxigenación —que el deporte acrecienta— y tales capacidades.

<sup>4</sup> Googleando “antropología” y “caminar”, aparecen “cerca de 7.810.000 resultados”. Y para “anthropology” y “walking” se obtienen “cerca de 33.200.000 resultados”, en septiembre de 2021.

<sup>5</sup> Pido disculpas por este neologismo. Se debe a que no se trata de una mirada desde la religión como institución culturalmente dada, sino desde la antropología a una práctica que en la actualidad puede o no caber en el ámbito de lo religioso, pero que dudo en incluir dentro de la antropología de la religión.

<sup>6</sup> A modo de ilustración, cabe mencionar el número 2 de la revista *Bibliografía Jacobea*, del Centro de Estudios y Documentación del

Y termino con el caminar para aprender a observar como los otros, mis colaboradores. Yo, etnógrafa, quiero conocer y entender. Conocer y entender como etnógrafa, como antropóloga, como la persona que soy, pero sobre todo como mis congéneres, el otro, la otra, los otros. Sus experiencias sobre sus pies, en movimiento —también en descanso—, sus percepciones del tiempo. Sus percepciones de la vida en permanente tránsito. Caminar es, entonces, un modo de conocer.

Camino de Santiago (2001).

<sup>7</sup> Traducción propia.

<sup>8</sup> Agradezco a este caminante, médico pediatra, el acceso a las notas que escribió con ocasión de su peregrinaje.

<sup>9</sup> Los fragmentos que cito han sido extraídos de su diario de viaje, del que solo se salvaron algunas páginas (y fotografías) tras un desastre computacional.

<sup>10</sup> Con el debido respeto, lo que hace extensamente Rousseau en su *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes* mientras pasea por el bosque en Saint-Germain.

<sup>11</sup> En todo caso, como relatos de autoetnografía moderada.

<sup>12</sup> No es invento mío. En el Diccionario de la Real Academia, véase la acepción N° 8 de “correr. Tratándose de personas, andar rápidamente y con tanto impulso que, entre un paso y el siguiente, quedan por un momento ambos pies en el aire” (1992, p. 579).

<sup>13</sup> Traducción propia.

<sup>14</sup> Un fragmento de esta narración aparece en Holy & Stuchlik, 1983, pp. 58-59.

<sup>15</sup> Traducción propia.

<sup>16</sup> Ese estudio fue realizado con un grupo de alumnas y alumnos de la carrera de antropología de la Universidad Bolivariana.

<sup>17</sup> Traducción propia.

<sup>18</sup> Para Carolyn Ellis, toda buena etnografía es autoetnografía (Gariglio, 2018). Cabe mencionar que hay diversos tipos de autoetnografía. Ellis, socióloga, se refiere a la etnografía como distinta y separada de la antropología, como un recurso metodológico general en ciencias sociales (Ellis, Adams & Bochner, 2010). Para mí, son inseparables.

<sup>19</sup> O al menos intentamos serlo, esporádicamente o por temporadas más o menos extensas.

## Referencias bibliográficas

- Agís Villaverde, M.** (2008). Aspectos filosóficos y antropológicos del Camino de Santiago. Fenomenología de la peregrinación a Compostela. En Agís Villaverde, M., Baliñas Fernández, C. y Ríos Vicente, J. (Coords.), *Galicia y Japón: Del sol naciente al sol poniente* (pp. 301-324). La Coruña: Universidad de Coruña. Recuperado de [https://ruc.udc.es/dspace/bitstream/handle/2183/12908/CC-98\\_art\\_16.pdf?sequence=1&isAllowed=y](https://ruc.udc.es/dspace/bitstream/handle/2183/12908/CC-98_art_16.pdf?sequence=1&isAllowed=y).
- Barrantes, K.** (2021). Rastro de plática: Una propuesta metodológica para mapear del temor al delito. *Arquis*, 10(2), 101-125. Recuperado de <https://www.revistas.ucr.ac.cr/index.php/revistarquis/article/view/45421/47299>.
- Bibliograf** (1992). *Diccionario VOX latino-español español-latino*. Barcelona: Bibliograf.
- Centro de Estudios y Documentación del Camino de Santiago** (2001). Relatos y otras publicaciones. *Bibliografía Jacobea*, 2, 1-15. Recuperado de [https://www.bibliotecajacobea.org/revistas/RevistaBibliogra\\_N2.pdf](https://www.bibliotecajacobea.org/revistas/RevistaBibliogra_N2.pdf).
- Ellis, C., Adams, T. & Bochner, A.** (2010). Autoethnography: An overview. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 12(1), 273-290. Recuperado de <https://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1589/3095>.
- Evans, J. & Jones, P.** (2011). The walking interview: Methodology, mobility and place. *Applied Geography*, 31(2), 849-858. Recuperado de [https://www.researchgate.net/publication/251509902\\_The\\_walking\\_interview\\_methodology\\_mobility\\_and\\_place\\_Applied\\_Geography\\_312\\_849-858](https://www.researchgate.net/publication/251509902_The_walking_interview_methodology_mobility_and_place_Applied_Geography_312_849-858).
- Fagoaga, R.** (2021). Writing anthropology. Conversación IUAES Congreso OC: Carole McGranahan & Raúl Pacheco-Vega (transmisión en vivo: 12 de mayo). Recuperado en Youtube.
- Gariglio, L.** (2018). Good ethnography is autoethnographic, and good autoethnography is ethnographic: A dialogue with Carolyn Ellis. *Rassegna Italiana di Sociologia*, LIX(3), 555-579.
- Geertz, C.** (1973). Deep play: Notes on the Balinese Cockfight. En Geertz, C., *The interpretation of cultures* (pp. 412-453). Nueva York: Basic Books.
- Guber, R.** (2019). Prólogo III Investigadores. En Guber, R. (Coord. General), *Trabajo de campo en América Latina: Experiencias antropológicas regionales en Etnografía*, Tomo I (pp. 207-210). Bogotá: Sb, Campus. Recuperado de [http://www.myriamjimeno.com/wp-content/uploads/2019/12/Nomos\\_Interior\\_TrabajoDeCampo\\_Tomo\\_1.pdf](http://www.myriamjimeno.com/wp-content/uploads/2019/12/Nomos_Interior_TrabajoDeCampo_Tomo_1.pdf).
- Guthrie, W.** (1958). *Los filósofos griegos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Holy, L. & Stuchlik, M.** (1983). *Actions, norms and representations: Foundations of anthropological inquiry*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Iared, V. & Oliveira, H.** (2017). Walking ethnography for the comprehension of corporal and multisensorial interactions in environmental education. *Ambiente & Sociedade*, XX(3), 97-114. Recuperado de [https://www.researchgate.net/publication/321971040\\_Walking\\_ethnography\\_for\\_the\\_comprehension\\_of\\_corporal\\_and\\_multisensorial\\_interactions\\_in\\_environmental\\_education](https://www.researchgate.net/publication/321971040_Walking_ethnography_for_the_comprehension_of_corporal_and_multisensorial_interactions_in_environmental_education).
- Ingold, T. & Vergunst, J.** (2008). Introduction. En Ingold, T. & Vergunst, J. (Eds.), *Ways of walking: Ethnography and practice on foot* (pp. 1-19). Farnham: Ashgate. Recuperado de [https://books.google.cl/books?id=AzYHWx-3FZkC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs\\_ge\\_summary\\_r&cad=0#v=onepage&q&f](https://books.google.cl/books?id=AzYHWx-3FZkC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f).
- Jones, P., Bunce, G., Evans, J., Gibbs, H. & Ricketts, J.** (2008). Exploring space and place with walking interviews. *Journal of Research Practice*, 4(2). Recuperado de [https://www.researchgate.net/publication/251509902\\_The\\_walking\\_interview\\_methodology\\_mobility\\_and\\_place\\_Applied\\_Geography\\_312\\_849-858](https://www.researchgate.net/publication/251509902_The_walking_interview_methodology_mobility_and_place_Applied_Geography_312_849-858).
- Kinney, P.** (2017). Walking interviews. *Social Research Update*, 67. Recuperado de <https://sru.soc.surrey.ac.uk/SRU67.pdf>.
- Le Breton, D.** (2015). *Elogio del caminar*. Madrid: Siruela.
- Mandianes, M.** (1993). *Peregrino a Santiago: Viaje al fin del mundo*. Barcelona: Ronsel.
- \_\_\_\_\_. (2010). *El camino del peregrino*. Santiago de Compostela: Sotelo Blanco.
- Nietzsche, F.** (1998). *Así hablaba Zarathustra*. Madrid: EDAF.
- Real Academia Española** (2014). *Diccionario de la Lengua Española*. Versión electrónica 23.4. Recuperado de <https://dle.rae.es/>.
- \_\_\_\_\_. (1992). *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Rousseau, J. J.** (s.f. [1753]). *Las confesiones*. Santiago: Universidad ARCIS, edición electrónica. Recuperado de <https://www.philosophia.cl/biblioteca/Rousseau/confesiones.pdf>.
- Ruiz-Doménec, J. E.** (1996). El camino de Santiago y el sentido de la peregrinación. *Cuadernos de Sección. Música*, 8, 11-20. Recuperado de <https://core.ac.uk/download/pdf/11502359.pdf>.
- Salazar, N., Elliot, A. & Norum, R.** (2017). Introduction: Studying mobilities: Theoretical notes and methodological queries. En Elliot, A., Norum, R. & Salazar, N. (Eds.), *Methodologies of mobility: Ethnography and experiment* (pp. 1-24). Nueva York: Berghahn. Recuperado de [https://www.researchgate.net/publication/338872808\\_INTRODUCTION\\_Studying\\_MobilitiesTheoretical\\_Notes\\_and\\_Methodological\\_Queries](https://www.researchgate.net/publication/338872808_INTRODUCTION_Studying_MobilitiesTheoretical_Notes_and_Methodological_Queries).
- Slavin, S.** (2003). Walking as spiritual practice: The pilgrimage to Santiago de Compostela. *Body & Society*, 9(3), 1-18.